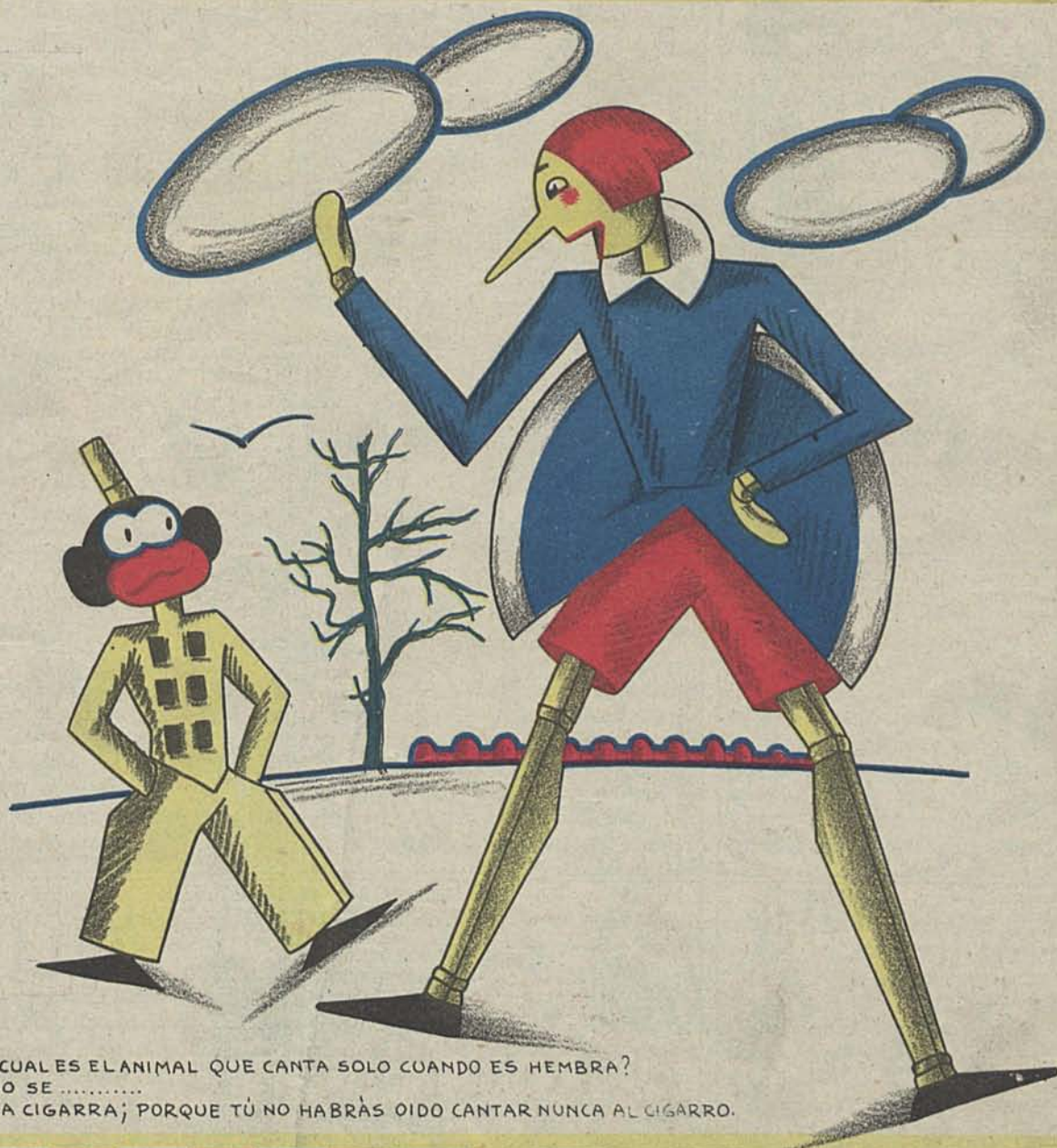


PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 162

25 cts

25 MARZO
1928

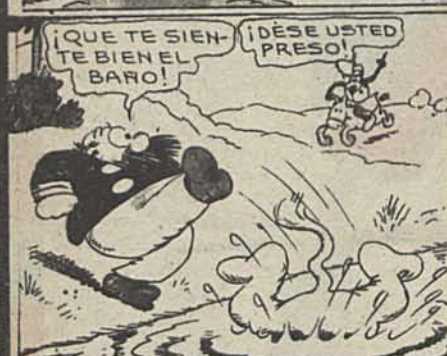


- ¿CUAL ES EL ANIMAL QUE CANTA SOLO CUANDO ES HEMBRA?
- NO SE
- LA CIGARRA; PORQUE TÚ NO HABRÁS OIDO CANTAR NUNCA AL CIGARRO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL NAUFRAGIO DE LA DORDOÑA

LA frente del capitán se había ensombrecido, y sus ojos avizoraban con visible ansiedad una nubecilla negra que se alzaba en el horizonte, hinchándose a simple vista, como si la empujase un viento impetuoso.

Y, sin embargo, hacía casi una semana que reinaba una calma absoluta en el Atlántico meridional, sin que la más ligera brisa refrescase siquiera las noches, tan sofocantes como el mismo día.

—Tendremos borrasca —dijo, como hablando consigo mismo—. Suerte para nosotros que la *Dordoña* es un navío sólido, resistente a prueba de temporales, y, seguramente, llegaremos a Bahía sin perder ni un hombre ni una jarcia.

Un jovencuelo, de unos veinticinco años apenas, de aspecto inteligente y despierto, que en aquel momento se hallaba recostado en la mura, observando con curiosidad un banco de peces voladores, al oír las palabras del capitán, levantó la cabeza y dijo:

—No hay que temer nada, señor Burdot. En caso de peligro, telegrafiaré a Europa, y alguien vendrá sin duda a ayudarnos. Ahora tenemos estaciones de telecomunicación en Francia, España, Inglaterra y hasta en los Estados Unidos. ¡Qué grandioso invento el de la telegrafía sin hilos! ¡Qué genio el de Marconí!

—Ya —dijo el capitán—. Me había olvidado de que tenéis a bordo un aparato perfecto, y que podríais comunicar con mi armador.

—Sí, señor Burdot —dijo el joven—, y cuando queráis, transmitiremos noticias nuestras a las estaciones de Europa y América.

—De momento, ningún peligro nos amenaza, señor Marau; pero no os ocultó que se prepara un huracán violentísimo. ¿No oís?

Una crepitación extraña, que semejaba producida por la rasgadura de una inmensa tela, acababa de interrumpir la conversación.

—Eso es el viento, que comienza a lanzar sobre nosotros las primeras ráfagas —dijo el capitán, arrugando el entrecejo—. Voy a tomar algunas precauciones, y, en primer lugar, haré bajar al pasaje adonde no pueda estorbar la maniobra.

—Permitidme estar sobre cubierta, junto a mi aparato.

—Sea como queréis, señor Marau.

—¡Maquinista! —gritó después, acercándose al aparato telefónico situado en el puesto de mando—. Aumentad la marcha a trece nudos.

La *Dordoña* era uno de los buques más hermosos de la Compañía de Navegación de Burdeos y hacía el servicio con los puertos de la América del Sur.

Había salido de la Gironda siete días antes, con dos mil toneladas de mercancías destinadas a los puertos brasileños y argentinos, y con 220 pasajeros, entre ellos el señor Marau, encargado de instalar una estación de radiotelegrafía en Buenos Aires por cuenta de la Compañía Inglesa.

La travesía hasta entonces había sido felicísima, y a bordo del magnífico transatlántico todos estaban muy satisfechos, a pesar del intenso calor que los había acompañado continuamente después de pasado el trópico.

Los conciertos y los bailes se sucedían todas las noches en el lujoso salón de primera clase, así como las partidas de billar, porque el tiempo se había mantenido bonancible, quizá con algún exceso.

Pero aquella nube negra, aparecida tan de súbito y preñada de amenazas, venía a perturbar hondamente el ánimo del capitán, quien por experiencia conocía la furia de los huracanes ecuatoriales. Los marineros, por su parte, advertidos también de la desagradable aparición, cambiaban entre sí miradas llenas de cierta ansiedad.

Un viento cálido, que soplaba de las costas de África y parecía salir de un gigantesco horno abrasador, comenzó a silbar por intervalos, encrespando cada vez más la limitada superficie del Atlántico.

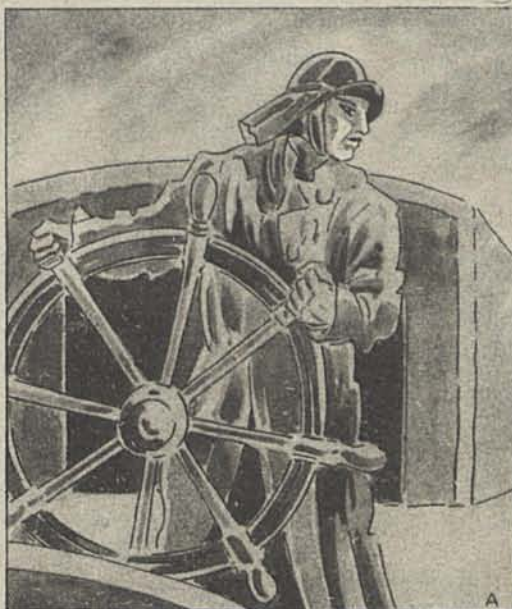
El capitán, que no quería estorbos sobre cubierta y que preveía ya una furiosa tempestad, una vez que hubo bajado el pasaje, mandó cerrar las portas y las escotillas, hizo asegurar con dobles cabos todas las lanchas, para que el mar no las arrebatase, y dobló el personal de máquinas.

Comenzaba a anochecer y la nube negra seguía avanzando con increíble rapidez, mientras el calor hacía tan sofocante que los marineros sudaban como si estuvieran entre las calderas del buque.

Por si fuera poco, los últimos rayos del sol convergían sobre el puente del transatlántico con tal intensidad, que producían una irradiación intolerable.

—Esto acabará mal —renegaba el capitán, moviendo la cabeza y mordiéndose el bigote—. Esta calma no es natural. Va a enredarse una danza que nos va a hacer saltar como grillos. Confíemos en la solidez del casco y en la potencia de las máquinas.

El cielo continuaba oscureciéndose, y la calma del





mar seguía inalterable. Un espeso velo de vapores había invadido su superficie, formando una inmensa cúpula.

Lo más sorprendente era aquel velo, negro como la pez, que por sus extremos no descansaba en el mar.

Circundábale, a manera de orla, una línea blanca de figura anular.

La atmósfera estaba tan cargada de electricidad que en las puntas de los mástiles y en la extremidad de los penoles se veían aparecer serpientes de fuego y penachos fostroescuentes.

Especialmente por encima del aparato de telegrafía sin hilos, que el señor Marau había instalado en el castillo, se percibían miriadas de chispas que saltaban sin cesar sobre las dos bocas del resonador y la bobina grande del receptor.

Y, sin embargo, alrededor de la *Dordoña* reinaba una profunda calma y un silencio impresionante.

El rostro del capitán se ensombrecía cada vez más, y sus inquietudes aumentaban de continuo.

También los marineros, a muchos de los cuales habían probado las tormentas de todos los mares, se mostraban sobresaltados.

Hacia las nueve, aquella enorme cúpula negra se desplomó casi de repente, posando sus bordes en la superficie del mar.

A su contacto, pareció que el agua se incendiara como si estuviese compuesta de petróleo. Hervía como en una inmensa olla, y el buque vióse envuelto en humo por todas partes.

Aquello era una inmensa evaporación, que se elevaba asfixiante y bullente.

De pronto, una enorme masa líquida cayó sobre la *Dordoña*. No era lluvia que cayera de la nube negra, era una verdadera catarata, que en pocos minutos inundó la tolda tan por completo, que hizo hundirse la nave más de medio metro bajo aquel peso inesperado.

La tromba de agua duró una hora o más. De lo alto de la inmensa bóveda de la cúpula llegaba el furor de la tormenta con mil rugidos y alaridos cada vez más espantosos.

No obstante, entre el tumulto de los elementos, de vez en cuando tornababa a reinar —fenómeno absolutamente extraño— un repentino silencio.

La sonoridad de los nubarrones que rodeaban la embarcación, envolviéndola estrechamente, era tal, que los gritos de los marineros y del capitán se propagaban a distancias increíbles, y luego, como si chocasen contra invisibles paredes, retrocedían, prodigiosamente ampliadas, como si algún espíritu burlón se complaciera en repetirlas.

Un terror supersticioso se había apoderado de la tripulación. Ninguno de aquellos hombres había pre-

senciado nunca un fenómeno semejante, a pesar de ser, como hemos dicho navegantes curtidos, que ya habían atravesado lances difíciles en todos los mares del globo.

Entretanto la *Dordoña*, empujada por un viento enfurecido que se había desencadenado de pronto, huía hacia Poniente con una rapidez fantástica.

La calma que reinaba pocas horas antes en el Atlántico ya no existía. El océano, agitado por la tempestad, se estremecía en espantoso oleaje, jugando con él de un modo tan violento, que en algunos momentos para nada servía el timón.

Tronaba fragorosamente, y lívidos relámpagos surcaban la nube negra, hendiéndola en todas direcciones.

El capitán y su segundo, agarrados a la rueda, intentaban, con esfuerzos desesperados, mantener el rumbo

de la *Dordoña*, porque sabían que no lejos de aquellos lugares están los temidos islotes de San Pablo, que surgen casi en medio del Atlántico y constituyen un gravísimo peligro para los buques en ruta entre Europa y Suramérica por no haber faro ninguno que los señale.

—¡Palabra de marino! —decía el segundo, masticando nervioso la punta de un cigarro—: no he visto nunca una tempestad semejante, capitán. Si la *Dordoña* sale de ésta sin un percance serio, será milagro. ¿No oís los mugidos? Cualquiera diría que el diablo ha puesto en movimiento todos los trebejos de sus infernales fraguas.

—Dejad en paz al diablo y abrid bien los ojos —respondía el capitán—. Si damos contra los escollos de San Pablo, vamos a hin-

charnos de beber. Casi somos trescientos, pero habrá para todos.

—Ya abro los ojos, ya, porque no me gusta el agua salada; prefiero seguir bebiendo buen burdeos, y que sea por muchos años.

—¿No se ve nada a Levante?

—Olas nada más.

—Pues los escollos no deben de estar muy lejos.

—¿Queréis que suba uno al tope mayor?

—Enviad dos gaveros a las cofas —dijo el capitán—. Y nosotros aquí, vigilantes. Si estos caballones son cada vez más altos, es señal de que tropiezan en un bajo y de que los peñascos están más cerca de lo que pensamos.

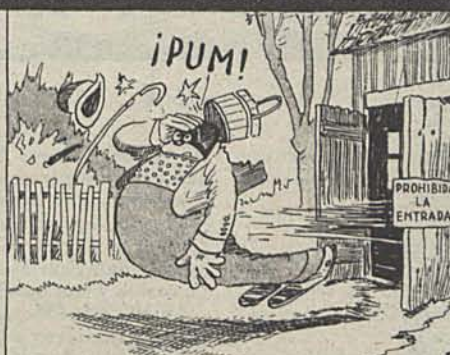
Dejó la rueda al timonel de guardia y subió al puente de mando, asestando el anteojo hacia Levante, que era de donde temía el peligro más grave.



(Continuará en el número próximo.)



DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





EL TORPEDERO DE PRESA

Dor A. M. GIANELLA

(Continuación.)

Una bala le había herido en la espalda izquierda habiendo caído sin conocimiento en brazos de Guillermo Jones, junto a Maud Campbell, desmayada.

El herido y la pobre joven fueron llevados al yate, colocados en dos camarotes inmediatos y rodeados, en seguida, de los más solícitos cuidados.

La herida de Barenval, aunque grave, no era mortal, y Jones pudo tranquilizar a los tripulantes, llenos de ansiedad acerca de la suerte de su comandante.

En cuanto al desmayo de Maud, fué cosa de nada.

Apenas recobró el conocimiento, la infeliz y valerosa joven preguntó con confusa zozobra dónde se encontraba y pidió que la llevaran junto a su padre.

¡Probrecilla!...

No vió más que rostros desconocidos: rostros adustos, feroces y callados que no dejaban vislumbrar emoción alguna.

Poco a poco se le aclaró la mente, recobró la conciencia plena de su situación y de los peligros que la rodeaban, y prorrumpió en llanto, delirando y suplicando que tuviesen piedad de ella, pues era inocente y no había hecho daño a nadie.

De nada sirvieron sus lágrimas ni sus súplicas; aquellos hombres parecían sordos y mudos.

Mostrábanse atentos y prontos a prevenir y adivinar sus deseos para satisfacerlos al instante; pero no la perdían de vista, de guardia siempre a la puerta de su camarote.

Transcurrieron de este modo varios días entre vanas protestas, muchas lágrimas y amenazas de matarse, de dejarse morir de hambre antes que seguir en aquella situación, amenazas, por fortuna, no realizadas.

Por fin, viendo que todos le demostraban el más profundo respeto y que el temido deportado de Nou no se atrevía, o no podía venir a verla, Maud se resignó a esperar en calma, y con cierta curiosidad, los acontecimientos futuros.

Sabía que se encontraba a bordo de un barco, que andaba velozmente, hacia un lugar desconocido para ella, y esta idea la tenía en una alternativa de temores y esperanzas, con el predominio de las últimas.

—¿Adónde me llevarán? —se preguntaba.

—A cualquier tierra que me conduzcan, siempre será mejor que permanecer aquí, en el camarote de un barco y rodeada de tanto mar.

—¡El mar! ¡El océano!

La idea de encontrarse en poder del inseguro elemento hacía nacer en su corazón un nuevo y más angustioso dolor.

Convenciase ahora de que la presunta salvación de su madre era un monstruoso engaño, creado con habilidad infernal para inducir la a emprender aquel viaje.

Pero... la carta que le había entregado el traidor Jones estaba escrita con la misma letra de la infeliz desaparecida.

Era preciso, pues, admitir una maestría increíble en los malvados falsificadores.

—Sí, sí, es así —murmuraba entre lágrimas Maud, desesperada—. Me han engañado, no volveré a ver jamás a

mi madre; porque ha muerto víctima de este horrible océano, sin esperanza alguna. ¡Ay, madre mía, madre mía! ¡Contempla a tu pobre hijal...

Por fin llegó el día en que el barco que la llevaba se detuvo, y la puerta del camarote, del cual Maud no había querido salir, abrióse para dejar paso a un hombre, pálido de rostro y con ojos llenos de tristeza.

La señorita Campbell se puso en pie de un salto con un impulso de terror y lanzó un grito.

Había reconocido al falso sir Jorge Baker, al ex deportado de Nou, Rodolfo de Barenval.

Enrojando de vergüenza y desdén, estaba Maud a punto de lanzar un enérgico: «¡Salga usted!», cuando se detuvo, impresionada por el aspecto de sufrimiento y de súplica de su perseguidor.

El capitán aprovechó aquel momento y haciendo un profundo saludo, le dijo:

—Miss, comprendo, después de lo sucedido, que mi presencia debe producirle horror e indignación; pero de todos modos le suplico que me escuche con paciencia.

—¿Qué tiene que decirme?

—Que la amo.

Esta declaración es para mí una ofensa.

—Se perfectamente que está usted convencida de ello, pero a pesar de todo he querido confesarle mi amor...

—Cállese.

—Sí, mi amor, porque estoy seguro de que me perdonará.

—¡No lo espere!

—Me perdonará, porque la amo con el respeto que se debe a un ángel.

—Cállese.

—La amo, Maud, hasta el extremo de haber arriesgado la libertad, la vida, y el peligro de su desprecio, para ir a llevarle un consuelo...

La joven quedóse atónita.

—No le comprendo.

—Me comprenderá cuando le diga dónde nos encontramos.

—Hable, entonces.

—Hemos llegado al lugar adonde Jones le había prometido llevarla.

—¿Qué dice?

—Sí, miss; aquel joven no la engañó jamás.

—De modo que...

—Estamos en la Isla de los Salvajes, adonde una desdichada casualidad, por fortuna no irreparable, su madre fué conducida...

La señorita Campbell se puso roja de ira, y dijo:

—¡Acabemos! No prosiga esta innoble comedia que me desgarrar el corazón. Es inútil que intente engañarme de nuevo. ¿Qué es lo que se propone, confíeselo, qué es lo que se propone con este engaño, puesto que mi madre ha muerto?...

Y prorrumpió en un llanto violentísimo, escondiendo el rostro entre las manos.

Rodolfo de Barenval no pronunció una sola palabra; inclinóse y preparóse a salir.

Maud, combatida por la duda que le laceraba el alma, corrió hacia él, le agarró por un brazo y le obligó audazmente a detenerse.

— Quiero saberlo todo — gritó con repentina energía.

— ¿Qué?

— ¿Qué es lo que se propone, para engañarme de este modo?

— Yo no la engaño.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que crea en semejante hombre?

— No la engaño, miss; se lo juro.

— Entonces... ¿mi madre vive?

— Está aquí, en esta isla.

— ¿No miente? Tenga usted piedad de mí; sería una refinada crueldad engañarme.

— Le juro que le digo la verdad.

— ¡Mi madre aquí!... ¡Oh, Dios mío!

— Mañana podrá abrazarla.

— ¡Oh! Si...

— ¿Qué?

— Si fuese verdad...

— ¿Qué?

— Me olvidaría de todo lo pasado, de todo, de todo...

— ¡Ah, Maud!...

— Le perdonaría y...

— ¿Qué?

— ... y rezaría a Dios por usted.

— El fugitivo de Nou mordióse los labios y se pasó la mano por los ojos, suspirando.

— Hasta mañana... — dijo, y salió corriendo, dejando a Maud anhelante, estupefacta, en duda de lo que debía creer, esperar o temer.

En aquel instante un elevado clamor de voces la hizo estremecer; corrió a la ventanilla del camarote, miró hacia fuera y vio pasar un pequeño vapor, un veloz barco de guerra. Una exclamación se le escapó.

Era el *Torpedero de presa* que entraba en la bahía, saludado por aquellos frenéticos gritos de los tripulantes.

Al llegar a este punto creemos agradable para los lectores el darles la explicación de los frecuentes viajes que realizaba la nave de presa a la Isla de los Salvajes, aunque sólo sea para que no se nos culpe de haber creado la isla para comodidad de nuestro relato.

La Isla de los Salvajes no había sido encontrada casualmente por el capitán Barenval, sino buscada con toda intención, y he aquí el motivo.

Habiendo elegido el jefe de los evadidos de Nou como zona de sus maniobras de piratería, además de los mares indios, el Pacífico, surgía como natural consecuencia la necesidad de poseer en aquel vastísimo océano una base de refugio y de aprovisionamiento, y sobre todo una estación carbonífera, en donde poder aprovisionarse del combustible preciso para cualquier travesía.

Reconocida tal necesidad, el capitán Barenval se puso en busca de una isla que tuviese además de la ventaja de una bahía segura, la de ser ignorada o poco menos, pues no podía elegir una tierra bien conocida y frecuentada, y tuvo la fortuna de descubrir o de *redescubrir* la Isla de los Salvajes. Entonces, por medio de viejos buques de carga, hizo transportar allí enormes cantidades de carbón, que fueron colocadas en vastos almacenes de madera, contruidos precipitadamente con los árboles de los bosques vecinos; estableció en la costa un pequeño cuerpo de guardia, puso un cañoncito en lo alto del islote, para que diese la señal de alarma al acercarse algún peligro, y procuró que su gente hiciese todo lo posible para entrar en amistad con los indígenas.

Pero este intento habría resultado difícil de conseguir, dada la fiera y rudeza de los habitantes de Miné, si no hubiese servido de intermediario para aquella alianza la... Pero prosigamos nuestro relato, que los acontecimientos se precipitan.

El torpedero traía una gran noticia.

El rajá Kandang había muerto a consecuencia de la mordedura de una serpiente venenosa en una cacería, y el pueblo de Tomini había proclamado como soberano al *almirante* Rodolfo de Barenval, elevado por el desdichado rajá a la categoría de sucesor suyo, en recompensa, como sabéis, por los servicios prestados.

— Principe — terminó diciendo Collap, que era el embajador, muy orgulloso y satisfecho de poder dar a su joven jefe aquel título armonioso. — Principe, en nombre de vuestros subditos os invito a volver lo más pronto posible a Tomini para las fiestas de la coronación...

Barenval, a quien la inesperada noticia había dejado frío e insensible, con gran asombro de Collap, frunció el entrecejo, y dijo:

— Está bien. Dentro de dos días partiremos. Haz los preparativos precisos.

Entonces fué cuando el lugarteniente dió la orden de embarcar carbón, con aquella incansable actividad que hemos observado al empezar el capítulo y que sólo la aparición del capitán pudo interrumpir por unos momentos.

Durante esta digresión necesaria, Barenval había permanecido pensativo bajo la mirada de Jones, que le contemplaba con afectuosa y solícita insistencia.

Por fin alzó la cabeza, probó un momento la elasticidad y vigor de sus miembros y lanzó un suspiro de satisfacción.

— Voy mejor, siempre mejor, amigo Jones — y apretando un brazo del joven, añadió — ¿Qué tal estoy de fuerzas?

— ¡Ay! — gritó aquel. — Sus dedos son tenazas.

— ¡Eh! ¡Mira, mira hacia allí! ¿Qué ves?

El capitán señaló un punto del bosque.

— Veo un grupo de gente.

— Jones, ¡son ellos!

— Así lo creo.

— Mira bien, tú que tienes mejor vista que yo.

— Ya miro.

— ¿Viene...?

— Me parece que sí.

— Menos mal. Si supieses Jones qué impaciente estoy.

— ¿Y por quién? ¡Por una mujer que no le quiere!

— No importa. He hecho una promesa y quiero mantenerla.

— ¡Bueno!

— Mira, amigo mío; no me podría consolar si no la hubiese encontrado, si hubiera muerto antes de... Si, el capitán Rodolfo de Barenval no ha faltado jamás a su palabra, y no quiero empezar en este momento... Pero, mira bien; ¿qué pasa?

— Nada de particular; aquella gente que se embarca en dos grandes botes para venir a bordo...

— Perfectamente.

Transcurrió un cuarto de hora, y después dos embarcaciones cargadas de marineros armados de carabina, pistolas y hachas de abordaje, acercáronse al estridor del yate, junto a una escalerilla echada, por la que empezaron a subir los marineros con la agilidad de monos, conduciendo a unos cuantos indígenas.

Mauriscal iba al frente de ellos.

Presentóse en seguida al capitán Barenval y se le plantó delante, esperando que le interrogase.

— ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? — le preguntó su jefe, poniéndole la mano derecha en la espalda.

Mauriscal enrojeció de placer ante aquella caricia familiar y contestó:

— Según sus deseos.

— ¿De modo que ha ido todo bien?

— Completamente bien.

— ¿Y ella?

— Aquí viene.

— ¿Ninguno de vosotros ha sido herido o muerto?

— Ninguno.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



AQUÍ ESTA MI PORVENIR, CURRINCHE AHORA MISMO VOY A INSCRIBIRME



Y YO TAMBIEN

OIGA JOVEN A USTED NO LE VAN A LLEGAR LOS PIÉS A LOS PEDALES



CURRINCHE, NO HAGAS EL RIDICULO

USTED INSCRÍBAME AMÍ Y DEJESE DE HISTORIAS

MIRA, CURRINCHE MIENTRAS YO REPASO MI JERSEY VETE A ALQUILARME UNA BICICLETA QUE SEA VELOZ COMO EL VIENTO. ESE PREMIO DE 0'50 Y LA COPA TIENEN QUE SER PARA MÍ



LA COPA PUEDE QUE SÍ, PORQUE YO NO BEBO, PERO LOS 0'50 SERÁN PARA UN SERVIDOR. ¡ESO ESTÁ ESCRITO!



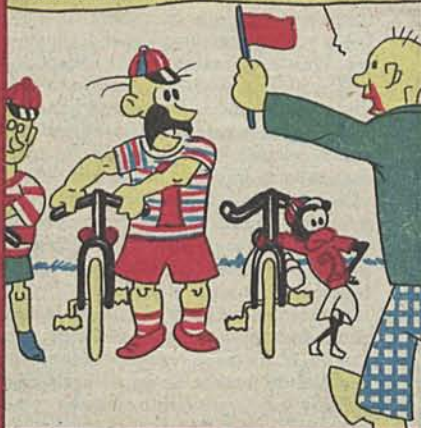
CON ESTE COHETE, LA VELOCIDAD DEL RAYO VA A SER PARA MÍ UN PASITO DE TORTUGA

MEJOR SERÍA QUE EN VEZ DE VENIRTE A LAS CARRERAS CONMIGO TE QUEDASES EN CASITA ESTUDIANDO EL CATÓN. LOS NIÑOS NO DEBEN METERSE EN ESTAS COSAS TAN SERIAS



TIRE PARA 'ALANTE', HOMBRE, TIRE PARA 'ALANTE'

¡ATENCIÓN! ¡VA A EMPEZAR LA CARRERA! ¡ALA UNA!...¡A LAS DOS!...¡Y A LAS!...



...TRES !!

¡AHÍ TE QUEDAS CURRINCHE!

¡VAYA PASITO QUE LLEVA USTED! ¡PARECE UNA TORTUGA REUMÁTICA!



NO SEAS MALAMIGO, CURRINCHE. DÉJAME PASAR A MÍ DELANTE

¡VIVA EL CAMPEÓN DE VELOCIDAD!



¡GRACIAS, AMABLE PUEBLO! ¡VENGAN ESOS 0'50! Y DON TURULATO QUE SE BEBA LA COPA CUANDO LLEGUE

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡NO CORTE, SENO-
RITA! ¡SOSTENGA
EL CABLE!

¡SOSTEN-
GA EL CA-
BLE!

¡SE HA ROTO EL
CABLE DE ALTA
TENSION! ¡AVI-
SARE A LA COM-
PAÑIA!

¡SOSTENGA
EL CABLE!

¡CON MUCHO
GUSTO!

¡AY!

¡MAS TARDE O MAS
TEMPRANO PILLA-
RE AL RESPON-
SABLE DE ESTO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡ESTUPENDO TE-
NER UN TECHO QUE
LE COBIJE A UNO
EN UNA NOCHE
COMO ESTA!

¡DURMANOS
UN POCO AL CA-
LOR DE LA LUM-
BRE DE LA CO-
CINA!

¡CORRED, MU-
CHACHOS QUE
VIENE UN
GATO!

¡ESCON-
DERSE AQUI
DE PRISA!

¡AHH...!
¡HUMM!

¡NO SE
MARCHARA
NUNCA!

¡LEEREMOS
UN POCO EL
PERIODICO!

¡VOY A ECHAR
UN POCO DE CAR-
BON PARA QUE
NO SE APAGUE
EL FUEGO!

¡QUE RUIDO
ES ESE?

¡TOMA! ¡QUE ERES
EL PRIMER GATO QUE
HA CONSEGUIDO
ECHAR DE CASA
A LOS RATONES!

10

11

12

PAT SULLIVAN

CUENTOS DE CALLEJA

AQUÍ NO HAY TAL DESGRACIA

Castillo

UNA vez había en una aldea un matrimonio de humilde condición, que tenía su pequeña casita y una sola hija, que era maravillosamente hermosa y extraordinariamente buena. Trabajaba, barria, lavaba; tejía y cosía como siete juntas, y tan hermosa también como siete, y por eso se llamaba Sietelindas. Pero se avergonzaba porque siempre la admiraba todo el mundo a causa de su belleza; y el domingo, cuando iba a misa, pues Sietelindas era piadosa por siete, y esta era su mayor hermosura, se cubría la cara con un velo. Así, pues, la vio una vez el hijo del Rey, y tuvo un gran contento al contemplar su gallarda figura, su soberbio talle, tan esbelto como un pino; pero le causaba disgusto al Príncipe el no poderla ver también el rostro a través del velo, y preguntó a uno de sus sirvientes:

—¿Cómo es que no puedo ver la cara de Sietelindas?

—Esto consiste —replicó el criado— en que Sietelindas es muy virtuosa.

El hijo del Rey exclamó.

—Si Sietelindas es tan virtuosa como bella, la adoraré toda mi vida y me casaré con ella. Vé y llévala este anillo de oro, y dila que tengo que hablar con ella; que vaya esta tarde a la encina grande.

El sirviente hizo como se le había mandado, y Sietelindas creyó que el hijo del Rey le iría a encargar algún trabajo; fué, pues, a la encina grande, y allí la dijo el Príncipe cuánto la amaba por su extraordinaria modestia y por su virtud, y que la quería tomar por mujer; pero Sietelindas le contestó:

—Soy una pobre joven, y tú eres un Príncipe rico y poderoso; tu padre se enfadaría mucho si tú quisieras tomarme por esposa.

El Príncipe insistió más y más, y ella le contestó finalmente que tenía que pensarlo, y con tal objeto le pedía dos días de término para decidirse. Pero al hijo del Rey le fué imposible esperar estos dos días y mandó ya al siguiente un par de zapatos de plata a Sietelindas, con el encargo de que la rogasen que fuese de nuevo bajo la encina grande. Y cuando vino, la preguntó él si lo había pensado ya. Pero ella le contestó

que no había tenido todavía ningún tiempo de reflexionarlo; que en su casa tenía mucho que hacer, y que ella era una pobre muchacha y él un Príncipe muy rico, y que el Rey se enfadaría mucho si quería tomarla por mujer. Pero el Príncipe la rogó de nuevo, y con empeño cada vez mayor, hasta que Sietelindas prometió que lo pensaría al día siguiente con seguridad, y les diría también a sus padres lo que el Príncipe deseaba.

Cuando llegó el día siguiente, la envió el hijo del Rey un vestido que era todo de oro, y la hizo rogar de nuevo que fuese a la encina. Pero cuando vino ahora Sietelindas y la volvió a preguntar el Príncipe, tuvo ella que replicar y quejarse de nuevo, diciendo que había tenido también mucho que hacer durante todo el día y no lo había podido pensar aún, y que tampoco había podido hablar con sus padres sobre estas cosas, repitiendo lo que había dicho dos veces al Príncipe: que ella era pobre y que él era rico e hijo del Rey, y con esto no conseguiría más que encolerizar a su padre.

Pero el Príncipe la contestó que la diferencia de su condición no tenía importancia, que ella había de ser su esposa de todos modos, y así llegaría después a ser Reina; y cuando ella vió que el Príncipe estaba decidido a casarse, accedió por fin a ser su esposa; y desde entonces iba por las tardes a la encina para hablar con su novio. El Rey no sabía aún nada de esto. Pero

había en la corte una vieja y fea dueña que, espiando al Príncipe, sorprendió su secreto y se lo dijo al Rey, quien se enfadó sobremanera y envió a sus servidores para que pegasen fuego a la casita de los padres de Sietelindas para que ésta muriese allí abrasada. Pero no sucedió así, sino que Sietelindas, cuando vió arder la casita, saltó a un pozo que no tenía agua; pero sus padres, los pobres viejecitos, murieron abrasados en la casa.

Allí estaba ahora Sietelindas en el fondo del pozo, llena de aflicción, y no hacía más que llorar amargamente; pero no pudiendo estar mucho tiempo en el pozo, trepó fuera de él, encontró algunas cosas todavía útiles entre los escombros de su casita, las convirtió en dinero y con él compró un traje de hombre, presentándose en la corte del Rey como un joven que deseaba





entrar de paje. El Rey preguntó al recién venido por su nombre.

—Desgracia —le contestó.

Y le agradó tanto al Rey, que le aceptó inmediatamente, ganándose al poco tiempo todo su afecto.

Cuando supo el hijo del Rey que se había quemado la casita de Sietelindas se puso muy triste, y no creía otra cosa sino que se había quemado también Sietelindas; el Rey estaba también en esta creencia, y deseando que su hijo se casase con una Princesa, mandó una embajada a un rey vecino pidiéndole la mano de su hija. Toda la corte y toda la servidumbre de Palacio se vistieron de gala y se prepararon alegres a celebrar las bodas; más para Sietelindas era esto lo más triste: le parecía tener una piedra sobre el corazón; acompañó también a caballo a la comitiva regia, pero iba la última y cantando tristemente con clara voz:

*Yo era llamada Sietelindas,
y ahora me nombran Desgracia.*

Esto lo oyó el Príncipe desde lejos; le sorprendió aquel canto y preguntó:

—¡Ehl! ¿Quién es el que canta tan bien?

—Será mi sirviente Desgracia —contestó el Rey—, a quien he admitido como paje hace poco tiempo.

Y pasado un ratito, volvieron a oír este mismo cantar:

*Yo era llamada Sietelindas,
y ahora me nombran Desgracia.*

El Príncipe volvió a preguntar si realmente no era otro el que cantaba que el paje del Rey; mas este le dijo que él no podía imaginarse que fuese otro.

Cuando llegó la cabalgata cerca del palacio de la nueva novia, volvió a oírse con hermosa y clara voz:

*Yo era llamada Sietelindas,
y ahora me nombran Desgracia.*



Ya no esperó el Príncipe un momento más; metió espuelas a su caballo y corrió al galope tendido, como un oficial del ejército, a lo largo de la cabalgata, hasta que llegó adonde estaba Desgracia; reconoció en él a Sietelindas, la saludó, inclinándose cariñosamente, volvió a colocarse, corriendo, a la cabeza del séquito, y entró en palacio.

Cuando todos los convidados y toda la

corte estaban reunidos en el gran salón, y tenían que celebrarse ante ellos los esponsales, dijo el Príncipe a su futuro suegro:

—Serenísima majestad, antes de desposarme solemnemente con la Princesa, vuestra hija, resuélvame Su Gracia este pequeño enigma: Tengo un hermoso armario; se me perdió la llave hace algún tiempo, y en su consecuencia me compré una nueva; al poco tiempo encontré la antigua; ahora, eminente señor, dígame su majestad de qué llave me he de servir.

—Pues es muy natural: otra vez de la antigua —contestó el Rey—; debe honrarse la antigüedad, y no despreciarla por las cosas modernas.

—Está bien, serenísimo señor —contestó ahora el Príncipe—; en tal caso no os enfadéis conmigo cuando os diga que no puedo casarme con la Princesa, vuestra hija; ella es la llave nueva, y allí está la antigua.

Y tomando a Sietelindas de la mano, la presentó a su padre, diciéndole:

—Ve aquí, padre, ésta es mi amada.

Pero el anciano Rey contestó, sorprendido y lleno de asombro:

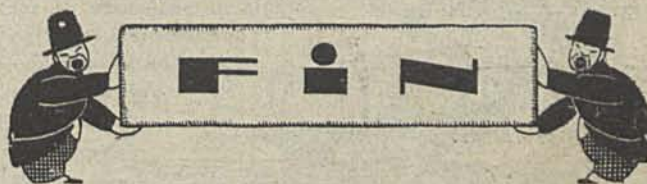
—¡Ay, mi querido hijo, si éste es Desgracia, mi sirvientel!

—Aquí no hay tal Desgracia: quien está aquí es Sietelindas, y os pido permiso para hacerla mi esposa.

Muy sorprendido quedó el Rey y pidió explicaciones de cómo podía ser que su sirviente Desgracia pudiese ser Sietelindas. Muy cumplidas fueron las explicaciones que dió Sietelindas, tanto, que todos quedaron satisfechos.

Concedióle el permiso su padre, y despidiéndose de todo el cortejo se llevó a Sietelindas como señora y esposa a su más hermoso castillo.

Cuyo cuentecillo os enseña, queridos niños, que la virtud siempre encuentra recompensa.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



DIME, querido buho, ¿no te asombra ver esas naves tan inmensas que cruzan los mares?

—Me causan asombro y admiración. Y dime, ¿a qué viene esa preguntita?

—Es que he visto una fotografía en que aparece el monumental comedor de un gran transatlántico, y me he quedado estupefacto al fijar ni atención en las proporciones de la construcción. Es un local amplísimo, de enorme altura de techo, con robustas columnas, espléndida iluminación, lujosos muebles y una capacidad que, según mis cálculos, no bajará de mil personas. Esta sola habitación ya me produce asombro; pero es mucho mayor el que me causa pensar que este comedor es sólo una parte de relativa insignificancia en relación con el resto del barco. Porque supongo que ese barco, como todos los barcos, tendrá sus bodegas, y sus salas de máquinas, y enormes tanques para agua, y grandes pasillos, con un sinnúmero de camarotes y cocinas, etc., etc.

Hablas como un buho sabio, querido Chonón. Has citado casi todo cuanto hay en un barco, y poco has dejado para que hable yo.

—Tengo la seguridad de que aún te quedará mucho que contarme sobre esas ciudades flotantes. Anda, háblame de esos enormes buques, porque me ha despertado mucha curiosidad la fotografía de que te he hablado. Puedes empezar por decirme cuántas personas pueden viajar en uno de esos gigantes de los mares.

—Eso depende de la capacidad del buque; pero como supongo que te refieres a los de más tonelaje, te diré que en una de esas naves pueden viajar cuatro mil personas y aun más.

—¿Cuántas poblaciones no tendrán esos habitantes!

—Muchísimas. Pero el peso de tantas personas no significa nada para el desplazamiento del buque. Es como si una manzana, cuya piel estuviese toda cubierta de hormigas, se cayese al agua; las hormigas no determinarían con su peso que la manzana flotase o se fuese al fondo. Merced a esta insignificancia que representa el peso de las personas que viajan en el buque, puede éste disponer de toda clase de comodidades a bordo: cuartos de baño; salones de lectura repletos de libros, almacenes de comestibles, rebaños de ganado vivo, grandes depósitos de carbón y de agua para alimentar las máquinas, etc., etc.

—Oye, querido buho, ¿cómo es que necesitan llevar agua en los depósitos de las máquinas, pudiendo disponer de tanta como hay en el mar?

—El agua del mar no sirve para alimentar las calderas. Ten en cuenta que el agua marina es salada, y al hacerla hervir para convertirla en vapor, quedaría un sedimento de sal que obstruiría todos los tubos de las calderas. Esta es la razón por la que es

preciso disponer de agua dulce para el buen funcionamiento de las máquinas.

—Pero no concibo dónde puede haber toda el agua que se necesita para mover las máquinas en un viaje tan largo como es el de Europa a América.

—Efectivamente, no se concebiría si no existiese el procedimiento de refrigeración y condensación del vapor de agua. Este procedimiento consiste en recoger el vapor de agua después de haber hecho funcionar con su fuerza la maquinaria, y convertirlo de nuevo en estado líquido y en disposición de pasar otra vez a las calderas. Esta forma de aprovechamiento permite con poca cantidad de agua hacer largas travesías.

—Si se pudiera hacer lo mismo con el carbón...

—¡Ah! Sería magnífico. Pero el fuego de los hornos sólo se consigue a fuerza de echar carbón y más carbón. Una vez puesta la máquina en movimiento, hace girar un eje en cuyo extremo hay una hélice situada en la parte posterior del buque, debajo del timón, y esta hélice imprime con sus palas un movimiento de avance que es lo que hace andar a los barcos.

—¿Y andan mucho estos colosos?

—Los hay que a pesar de sus cincuenta mil toneladas llegan a andar una milla cada dos minutos.

—Oye, querido buho, ¿tú sabes cómo empezó la navegación por el agua?

—Muy sencillamente. Los hombres primitivos, cuando querían cruzar un lago, se colocaban sobre un tronco de árbol que flotaba en las aguas, y remando con los pies, iban de un lado a otro. Más tarde, y con el fin de no mojarse, ahuecaron los troncos, naciendo con esto las más rudimentarias embarcaciones. Luego vino el remo en forma de pala; después la vela substituyó al remo, y, por último, el vapor suplió a la vela.

—¿Qué dirían aquellos primitivos marinos si viesen una de estas enormes naves de ahora?

—Ya puedes suponer cuál sería su asombro al contemplar buques que puestos en seco alcanzaría su casco la altura de una casa de siete u ocho pisos, y su anchura ocuparía la de una calle de quince o veinte metros.

—¿Dónde se construyó el primer barco de vapor?

—En Escocia.

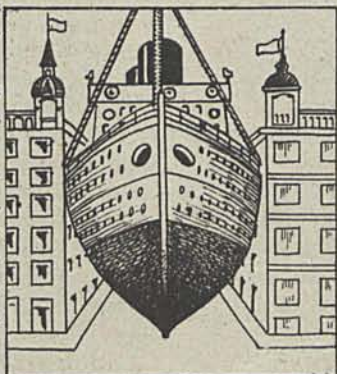
—¿Hace muchos años?

—Hará cerca de ciento cincuenta. Fué un pequeño barco movido a vapor para remolcar por el río Clyde barcazas llenas de mercancías.

—Muy bien, amigo buho. Siento que tengamos que dejar la charla por lo avanzado de la hora.

—Qué le vamos a hacer; otro día charlaremos más, ¿no te parece?

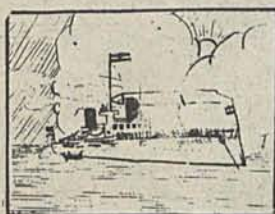
—Sí. Hasta otro día.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

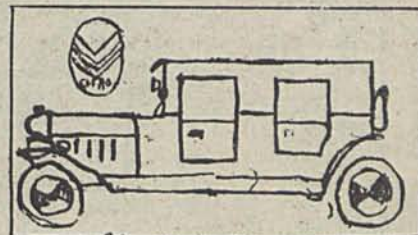
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La cañonera argentina «Belgrano».
JULIO M. ALVAREZ.



Barracas valencianas.
LUIS F. VILLAVARDE.



El «auto» de mi mamá.
CARLOS MORENO.



Morranguis.
J. A. VACA DE OSMA.



Charlot.
LUIS SANCHEZ.

Juanito el mentiroso.
Erase un pastor muy mentiroso de Pedro Bernardo, próximo a la Sierra del Guadarrama.

Tenia la fatal costumbre de mentir, y un día, para asustar a sus compañeros, empezó a decir: «¡Corred, corred, que viene el lobo!»

Los pastores huyeron espavoridos, sin sospechar que era una broma algo pesada de Juanito.

Mas como la mentira es un pecado muy feo y ellos se enteraron que era mentira, no le volvieron a hacer caso; pero un día estaba Juanito con su rebaño, cuando apareció el lobo de verdad, y por más que gritaba: «¡Socorro, que viene el lobo!», no le hicieron caso, creyendo que era mentira.

Entonces marchó al pueblo y contó lo sucedido a sus amos, los cuales le echaron de casa. El pobre Juanito llegó al extremo de tener que pedir limosna, arrepintiéndose cada día más de tan fea costumbre, y, entonces, compadeciéndose de él sus antiguos amos volvieron a tomarle a su servicio.

Juanito llegó a ser uno de los hombres más virtuoso del pueblo, y se casó con la hija de su amo, como premio a sus virtudes.

CARLOS MANUEL HERNÁNDEZ GARCÍA.



Un cazador.
LUISA VILLAMIL.



Currinche y Don Turulato.
ANITA SERRANO.



En alta mar.
LUIS FERNÁNDEZ.



El buho.
ANITA MARTÍNEZ.



Un enemigo.
ROSARIO LOSADA.



Un loro.
VICTORIA TACÓN.



De paseo.
A. FERNÁNDEZ.



Una princesa.
GRACIELA DE BLANCK.



Una aldeana.
PILAR LÓPEZ.



Pinocho.
CLAUDINA R.



Un chinito.
TERESA S. COVISA.



Un cisne.
GABRIEL MONJE.



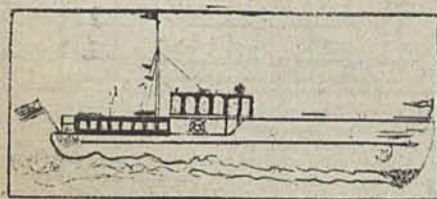
¡Vaya un par!
PILAR LÓPEZ.



Chonón.
JENARO CROTOS.



El «chalet» que ofrecemos a Pinocho los niños del Uruguay.
MARÍA DE LOS A. ESTÉVEZ.



La lancha de recreo de Pinocho y Pírrula.
M. J.



Pinocho en viaje.
EDUARDO DELGADO.



El chino.
LUIS AYORA.



Morranguis.
ENRIQUE ORA.



La moñitos.
TERESA GARCÍA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

DON RINOCERONTE PERDIÓ LA CABEZA



DIBUJO CON ERRORES



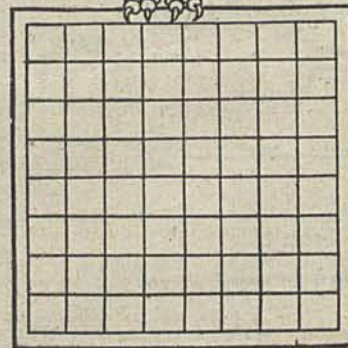
He aquí, queridos amigos, una mecedora y un cenicero. Bien poca cosa, al parecer; pero si os fijáis un poco, veréis que el cenicero tiene una falta garrafal y la mecedora..., la mecedora tiene cuatro. ¿Cuáles son?

Don Hipopótamo y Don Elefante están comentando el último acontecimiento de la selva. El caso no deja de tener importancia, pues no se trata de un cualquiera; se trata nada menos que de Don Rinoceronte. Este pobre paquidermo dió en pensar por qué le habrían salido un cuerno en la nariz y no le habrían salido dos en la frente, como al toro. Y tanto pensó en ello, que perdió la cabeza. Ahora vaga todos los días por la selva buscando su hermosa cabezota..., aunque tenga un cuerno solamente. ¿Dónde está el cuerpo de este infeliz?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE FEBRERO **162**

Envío del Pinochista D.

EL BUHO MATEMÁTICO



El sabihondo buho, amigo de Chonón, nos plantea hoy este problema que os doy aquí. Se trata, como veis, de un cuadro mágico. Estos números que ha escrito (del 1 al 8) son para indicar que todos los cuadrillos del tablero hay que llenarlos con números del 1 al 8, poniendo en cada cuadrillo un número. Una vez llenos todos los cuadrillos, sumar los números que haya en cada línea, tanto en sentido horizontal como vertical, y la suma ha de ser siempre 36. ¿En qué forma han de ser colocados los números?

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE AGOSTO

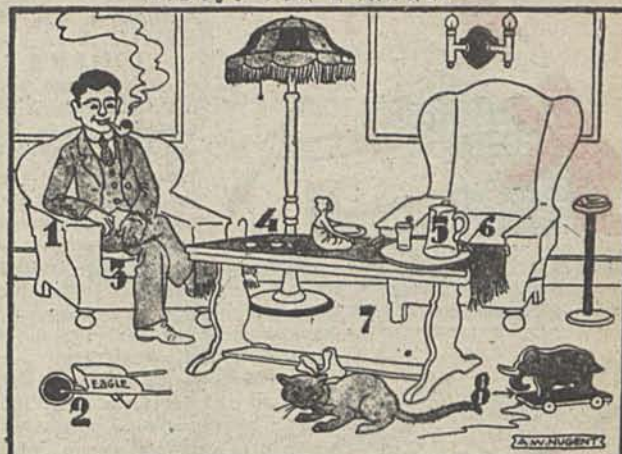
NÚMEROS 129, 130, 131, Y 132

DIBUJO CON ERRORES



1. Falta pie al peso. 2. No marca. 3. Número cambiado. 4. Falta ojo al pescado. 5. Falta antena a la langosta. 6. Falta pata a la misma. 7. Falta un lado del cordón, y 8. Besugo con V.

DIBUJO CON ERRORES



1. Falta un botón a la manga. 2. Eje de la rueda descentrado. 3. Un guante blanco y otro negro. 4. Puente de las gafas al revés. 5. Pitorro de la jarra mal colocado. 6. Falta asa a la bandeja. 7. Pata del sillón diferente, y 8. Falta rueda al tablero del elefante.

DIBUJO CON ERRORES

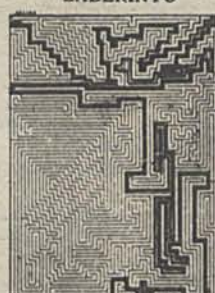


1. Bisagra mal puesta. 2. Al 8 le falta un palo. 3. Eje descentrado. 4. Agujero de la cuerda muy alto y redondo. 5. El 4 debe escribirse con cuatro palos en los relojes. 6. El 4, 5, 6, 7 y 8 deben mirar hacia el centro de la esfera. 7. El 6 tiene el palo a la izquierda. 8. Entre el 9 y el 10 sólo hay cuatro minutos. 9. Patas desiguales, y 10. El horario debe estar pasadas las nueve.

ROMPECABEZAS



LABERINTO



DIBUJO COMPLICADO



PROBLEMA



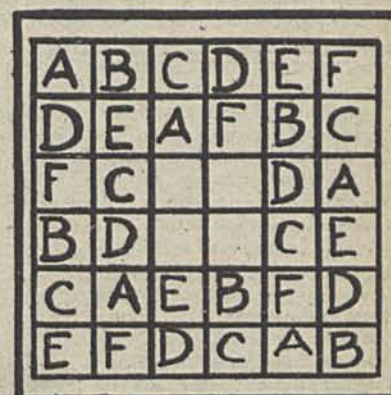
Salió a la plaza con 99 pesetas y 98 céntimos y le quedan 49 pesetas y 99 céntimos.



Primer movimiento. El cofre baja solo. 2.º Baja el niño, sube el cofre. 3.º Baja el joven, sube el niño. 4.º Baja el cofre. 5.º Baja el hombre, sube el cofre y el joven. 6.º Baja el cofre. 7.º Baja el niño, sube el cofre. 8.º Baja el cofre. 9.º Baja el joven y sube el niño. 10. Baja el niño y sube el cofre, y 11. Baja el cofre.

ROMPECABEZAS

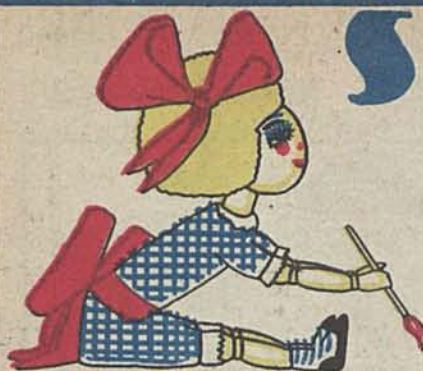
ROMPECABEZAS



Tin y Ton.

Ayuntamiento de Madrid

Sección Pirula



CHARLAS DE PIRULA... CO- CINERA

Una extraña pesca de peces eléctricos.

Cuéntase que un buen señor se estuvo un día toda la tarde a la orilla de un río contemplando un pescador de caña; cuando este último, caída la noche, se decidió a marcharse, el buen señor murmuró: —¿Cómo no se cansará el tío este de permanecer tantas horas inmóvil a la orilla de un río? ¿Será posible que no se aburra? ¡Si no hay paciencia para tanto! En mi vida he visto un imbécil semejante.



Y no se daba cuenta el buen señor de que si en su vida había visto otro imbécil como el pescador, sería porque en su vida se habría mirado al espejo... puesto que acababa de hacer exactamente lo mismo que aquél.

Es cierto que la pesca con caña resulta bastante monótona y aburrida; vosotros, amigas Pirulindas, sois seguramente demasiado... impacientes, o nerviosillas, para que os atraiga un deporte tan apacible; pero no todas las pescas son así; ¿qué os parecería, por ejemplo, pescar peces eléctricos por medio de mulos y caballos?

No, esto no es ninguna fantasía mía, os lo aseguro.

Al hablar de peces eléctricos, me refiero, naturalmente, a esas águilas que dan una descarga eléctrica a quien las toca, mediante cierto órgano especial que tienen en el cuerpo y que produce

electricidad. Como que se me ocurre que tendría gracia ponerles a estos peces una bombilla o una campanillita y tener así un timbre o una lámpara natural. ¡Eh! ¿Qué os parece la idea?

Pero volvamos a lo de la pesca extravagante: la practican los indios de ciertas regiones de América del Sur; ahora veréis cómo:

Obligan a unos cuantos caballos y mulos salvajes a entrar en una charca llena de ciertas anguilas, parecidas a los torpedos, y llamadas gimnotos, y que tienen todo el aspecto de grandes serpientes amarillentas.

Armados con cañas y arpones, los indios rodean la charca e impiden huir de allí a los mulos y a los caballos.

Los gimnotos, al sentir a las bestias en el agua, se defienden descargándoles terribles sacudidas eléctricas, capaces no de matarlos, pero sí de aturdirlos; de suerte que muchos de los pobres caballos y mulos caen al fondo del agua y se ahogan. Poco a poco, los gimnotos se van fatigando y sienten agotarse su fuerza eléctrica; entonces los indios, sabedores de que en bastante rato los gimnotos no podrán volver a dar descargas, los cogen sin peligro.

¿Verdad que esta manera de pescar es bastante rara? Hasta resultaría divertidísima si no fuera tan cruel; ya lo es bastante matar a los animales para comérmolos, sino además matar a unos para cazar a los otros.

Pero ¿a qué venía el contaros todo esto? Yo soy tan charlatana —ya sabéis que ese es mi principal defecto— y os quiero tanto —ya sabéis que esta es mi principal virtud— que cuando pego la hebra con vosotros me olvido de todo, hasta del motivo de mi charla.

¡Ah!, sí, ya me acuerdo; todo esto ha venido a cuento de que como estamos en plena Cuaresma, quiero daros una receta de plato de pescado; y se me ha ocurrido elegir las anguilas.

Receta de marzo: Anguilas a estilo tártaro.—Se limpia y se monda la anguila y se le corta la cabeza. Se le da una forma redonda, juntándole la cola con el vientre, y se anuda.

Se echa en una cacerola media botella de vino blanco, otro tanto de caldo, cebollas y zanahorias cortadas en rodajas, una o dos cabezas de ajo, dos clavos y sal y pimienta. Se deja hervir la anguila en esta salsa a fuego lento, por espacio de media hora; luego se retira y con cuidado se coloca sobre una fuente. En otra cacerola, se derrite a fuego lento un pedazo de mantequilla del tamaño de medio huevo, se añade una cucharada de harina, se agita para mezclarlo, y se echa en seguida un vaso del preparado anterior, colado. Ya cocida esta salsa, se retira de la lumbre y se le añade una yema. Se echa esta salsa encima de la anguila; luego se envuelve la anguila en miga de pan rallado y se adereza con sal, pimienta, perejil, cebolleta y escalloña, picadas.

Por último, se bate un huevo entero con una cucharada de agua y una cucharada de aceite; se moja la anguila en esto, se vuelve a empapar y se frie en aceite muy caliente.

La anguila, ya frita, se sirve con una salsa en medio; la salsa más adecuada para el caso es la mayonesa, a la cual se le puede añadir un poco de mostaza.



PIRULA MODISTA

Dos trajecitos sencillos.—Sé que mamá anda algo cavilosa pensando en la manera de hacerle a su Pirulinda un trajecito de todo trote, propio para que pueda lucirlo cuando se quite su abrigo de entretiempo, en el paseo, durante el juego, en estos principios de primavera, en que el tiempo aún no está muy sentado y hay cambios bruscos de temperatura. Además, como cuando jugáis en los paseos suele ser a juegos violentos, como el escondite, la pelota, etc., etc., conviene tener a mano un abrigoito no muy fuerte para, al acabar de jugar, cuando estáis sudando, ponérselo, y así evitar quizá un enfriamiento muchas veces de funestos resultados.

Por si acaso logro sacarla del apuro a la mamá de mi Pirulinda, he aquí dos modelitos que la agradarán seguramente:

Uno se compone de *junper* de punto de lana color *beigs*, con un ribete en el descote en punta, un cinturón, y las iniciales bordadas en una manga, todo ello en un tono café oscuro, haciendo juego con la falda de *kasha* plisada.

El otro vestido es de sarga azul marino; el cuello, los puños y el cinturón son rojo vivo; asimismo, la ancha tabla delantera que da vuelo a la falda está forrada con tela roja, visible al andar, y que, durante la inmovilidad, solamente aparece en forma de tenue ribete.

